

# MONGOLIA

Una semana después de salir de Moscú me apeé del Transiberiano en Irkutsk, la París de Siberia. Había recorrido por tierra más de 6000 km en diez días.

En esta preciosa y decadente ciudad, próxima al inmenso lago Baikal, se encuentra el último consulado de Mongolia antes de cruzar la frontera. El 3 de Julio 97 obtuve un visado turístico por un mes, beneficiándome del proceso de apertura que viven los países ex-comunistas: sólo dos días antes se habían abierto las puertas de Mongolia a viajeros independientes. Previamente era necesario entrar con un tour organizado o por invitación de un residente.

En Irkutsk engancho con el tren Trans-mongoliano, que baja hasta la frontera, atraviesa Mongolia de Norte a Sur, entra en China por el Norte y llega a Pekín tras recorrer 3000 km de desierto, estepas y montañas.

En la frontera entre Rusia y Mongolia nuestro tren se detuvo 8 horas. Más de 100 soldados mongoles se apostaron armados hasta los dientes a ambos lados del tren mientras algunos oficiales registraban el interior del tren y nuestro equipaje. Al intentar tomar fotos por poco me confiscan la cámara.

Bajo un sol radiante atravesamos multitud de llanuras onduladas cubiertas de pasto. El tenue verano empezaba y el frío ya no calaba los huesos. Durante casi ocho meses al año, dos tercios del país están cubiertos por un blanco manto de nieve.

Pateé durante varias horas las calles de la capital Ulan Bataar, en busca de un hospedaje aceptable a bajo precio. En mi habitación de 4.500 tugriks (900 pts) por noche me entretuve durante varias horas aplastando docenas de cucarachas que trepaban por la paredes y se subían a la cama.

Al día siguiente investigué mi itinerario a base de molestar en las pocas agencias de viaje que hay en Ulan Bataar. Me recomendaron por encima de todo el impoluto Lago Hovsgol en el Norte, cerca de la frontera con Rusia, y el Desierto del Gobi en el Sur. También debía presenciar sin falta la colorida celebración de la independencia nacional o Festival de Nadaam que, por casualidad y suerte, se celebraba al mismo tiempo en todas las localidades del país solo unos días después de mi llegada.

## LAGO HOVSGOL

Pronto me puse en camino hacia el Lago Hovsgol. Primero en una avioneta de la MIAT (líneas aéreas mongolas) hasta Moron, y de Moron a Hatgal en Jeep. Aproveché en el aeródromo para engancharme con John, un científico regordete y jovial de la Academia Nacional de Ciencias de EEUU que tenía organizado un vehículo hasta Hatgal a la salida del aeródromo de Moron. La tarea de John era recopilar el mayor número posible de insectos mongoles. Tras casi un día de viaje siguiendo las huellas dejadas por otros vehículos y botando como pulgas en el interior del vetusto jeep ruso, además de varios pinchazos y algunos larguísimos descansos para enfriar el motor, llegamos a la pequeña aldea de Hatgal, a orillas del lago Hovsgol.

En Hatgal John se reuniría con un equipo de la National Geographic que llevaba allí varias semanas estudiando fauna acuática del lago. Hovsgol es el segundo lago de agua dulce más grande del mundo (el primero es el Baikal). Mide 138 km de largo, aproximadamente 14 km de ancho y 414 km alrededor. 414 km sin apenas asentamientos humanos. El lago es de agua muy fría y su superficie permanece congelada seis meses al año. El agua es tan pura y cristalina que un objeto brillante descolgado lentamente solo se pierde de vista a los 33 metros de profundidad. Una densa vegetación abraza todo su contorno. Esta flanqueado al Este por una amenazadora cordillera de picos nevados. Detrás de estas montañas viven los elusivos Tsatsaan, o pastores de renos. Muy pocos occidentales han llegado a visitarlos. Es necesario cabalgar una semana para visitarlos, y no garantía de verlos porque hoy están aquí y mañana allí.

El extremo sur del lago Hovsgol besa Hatgal, una remota aldea fantasma, con un glorioso pasado por la exportación de crudo proveniente del lecho del lago. La extracción del combustible se prohibió hace varias décadas, y la economía de Hatgal se hundió. Hoy es un pueblo sin electricidad y un con muy poca actividad comercial. Está habitado por mongoles vestidos con harapos, de caras redondas, facciones orientales y piel tostada, con manos callosas y ruda complejión. La mayoría de los aldeanos viven de sus animales y son autosuficientes. Un par de escasos almacenes proveen de algunos artículos y especias que no pueden obtenerse de las cabras, ovejas yaks o yeguas. No pescan a pesar de que el lago esconde una fauna piscícola envidiable. Nunca me explicaron porqué. Las calles de Hatgal son anchas y sin pavimentar. Pocas almas se mueven por ellas, excepto algunos perros raquíuticos, que esperan a que otros defequen para alimentarse. También vagan cabras sueltas y algún niño sucio y semidesnudo, con cara churretosa y pelo negro alborotado.

Hatgal es uno de las pocas localidades sedentarias de Mongolia, un país en el que casi todos sus habitantes son nómadas y autosuficientes. Tiene una extensión tres veces mayor que España, y sin embargo, sobre sus 1600 metros de elevación media se esparcen solo dos millones y medio de personas. Esto hace que tenga la menor densidad poblacional en el mundo. Debido a las durísimas condiciones de vida, más de tres millones y medio de mongoles emigraron a Rusia y China.

En las comunidades mongolas prevalece el clan familiar y como en otras culturas orientales, respetan mucho a sus viejos y antepasados. Poco les importa lo que ocurre en el mundo exterior. Y no pretenden conocerlo, ya que sus animales domésticos les proveen de todo lo que necesitan para vivir. Con una dieta altísima en proteínas y grasa, viven principalmente de la carne de sus animales, leche de cabra y derivados lácteos, como el queso fresco, el queso agrio secado al sol, el yogur, y para alegrarse los hombres (y las mujeres a escondidas) beben Airag, leche de yegua fermentada que sabe a rayos. Adaptarme a esta nueva dieta me trajo dos días de retortijones en el estómago.

Los mongoles están muy atados a la naturaleza que les rodea y a sus animales. Los clanes familiares se trasladan de un lado a otro del país con sus hogares a cuestas buscando los mejores pastos para sus (aproximadamente) seis ovejas, cuatro cabras, una vaca, un yak y un caballo o yegua. La riqueza del clan se mide por la cantidad de animales que posee. Remolcando sus Gers o tiendas de fieltro redondas, el clan puede recorrer más de 1.000 km. al año y es capaz de armar su hogar en menos de cuatro horas. Cuando el pasto se agota, es hora de coger los bártulos y emprender camino otra vez. A pesar de esta inestabilidad, nunca he conocido a un pueblo tan libre. Ellos lo saben y no quieren perder esta libertad. El clan solo posee lo que necesita para vivir. No crea excedentes y comercia poco.

Los mongoles se comunican en un idioma que me resulta absolutamente ininteligible. Raramente hablan un segundo idioma, cuando lo hacen, suele ser el ruso. Los que hablan inglés o francés se convierten en guías turísticos. El turismo en Mongolia es muy escaso: en 1995 visitaron el país sólo 17.000 personas, o el aforo de una cancha de baloncesto. Esta escasa influencia de las culturas foráneas (excepto la rusa) hace que las tradiciones, costumbres, música y forma de vestir no hayan cambiado en muchos años. Las pocas divisas que entran en el país lo hacen por la exportación de minerales, pieles de oveja, carbón, cobre y lana tipo cachemira. El resto proviene de donaciones. Desde 1990 hasta 1994, Mongolia se mantuvo a flote gracias a la ayuda internacional. Es una economía excesivamente dependiente de Rusia: los vehículos, maquinaria pesada, armamento y tecnología son de origen ruso. Tras el colapso económico ruso, las fabricas no producen porque faltan piezas de recambio, el armamento ha quedado obsoleto, los vehículos y maquinaria para infraestructura básica se pudren porque no están asistidos por los técnicos de Moscú. En definitiva, Mongolia se enfrenta hoy a una situación muy delicada. Sin embargo aún queda una luz de esperanza: después de casi 100 años de opresión ha vuelto la democracia. Aunque el 80 por ciento de la población, que hoy vive desperdigada por las interminables estepas, aún no se ha enterado... ni le importa. Lo más

importante para ellos es sobrevivir con sus animales los largos y duros meses de invierno, con temperaturas que alcanzan los 50 grados bajo cero.

El verano es tiempo para la fiesta, especialmente durante Nadaam, en el mes de Julio. Compiten en varias disciplinas, en sincronía con un “modus vivendi” íntimamente ligado a la naturaleza. Nadaam conmemora su independencia sobre China en 1911.

Durante el festival de Nadaam, Hatgal, desértica días antes, se transforma en un hervidero de gente ataviada con vestimentas elegantes y coloridas: ellos con botas de cuero terminadas en pico hacia arriba, elegantes abrigos de fieltro de colores oscuros, pañuelos atados a la cintura, y un exótico sombrero cónico de fieltro con solapas y terminado en punta. Ellas visten más modestamente, con telas y sedas de colores y un pañuelo en la cabeza.

En la explanada principal de Hatgal, durante tres días, docenas de hombres jóvenes y no tan jóvenes luchan cuerpo a cuerpo, vigilados por atentos árbitros. Tras varias rondas sin perder pueden acceder a la gran final. Las victorias parciales se celebran con un “vuelo de águila” alrededor de un estandarte copia del que utilizaba Genghis Khan en sus batallas. Genghis y sus descendientes crearon en los siglos XII y XIII el imperio más extenso jamás conocido.

También se organizan durante Nadaam carreras de caballos. Agrupados en categorías, los niños de Hatgal participan en varias carreras -la más larga de es de 50 km campo a través-. Estos descendientes de los que algún día fueron los mejores jinetes del mundo galopan sin montura a lomos de sus pequeños pero resistentes caballos. Después de la caótica salida, las docenas de jinetes se pierden en el horizonte dejando atrás una nube de polvo. Aparecen en la distancia varias horas después espoleando sus caballos extenuados, que a veces caen colapsados o muertos pocos metros antes de la línea de llegada. Los mejores jinetes pesan poco. Veo solo niños y niñas que raramente sobrepasan los 5 años de edad. Se dice que los mongoles aprenden a cabalgar antes que a caminar.

La tercera y no menos popular competición es la de tiro con arco, donde el que en diez tiros consigue mas flechas en el centro de la diana gana un caballo, además de la bendición del delegado político de turno y el respeto de todos lo congregados. Los ganadores en lucha libre y carreras de caballo reciben otros premios importantes. En la noche del tercer y último día de Nadaam y en el edificio-establo más grande de la aldea los jóvenes se congregaron para beber y bailar al son de Los del Río y La Macarena, que sonaba en un destartalado y pequeño radio-cassette a todo volumen. Casi todos bebían airag y muchos caían al suelo, borrachos como cubas.

Terminados estos tres días de descontrol, la marea de personas desapareció como por arte de magia, regresando a las estepas con sus bártulos y caballos. Hatgal volvió a su estado fantasmal. Quedaron sus pocos pobladores, “cuatro gatos locos” de la National Geographic, Jamie y Jeff y yo. J & J son dos jóvenes entusiastas americanos del Peace Corps, siempre dispuestos para ayudar y contribuir en el desarrollo de la aldea y sus habitantes. Una de sus funciones es enseñar inglés a los que estén interesados. Muchos alumnos llegaron a ser guías, como el joven de 19 años Bajtoir.

Le pregunté a Bajtoir donde vivía su familia. Me contestó que estaba distribuida en varios gers en la parte Norte del lago, a un día a caballo de Hatgal. A pesar de su sorpresa ante mi petición, consintió en llevarme hasta ellos. Alquilé dos caballos por 5000 tugriks diarios (menos de mil pesetas), uno para Bajtoir y otro para mí y acompañados por su tío Batilgir (dueño de 40 caballos y potentado de la familia) partimos al amanecer, dejando atrás a la “civilización sedentaria”. Los tres jinetes bordeamos el lago durante todo hasta el atardecer bajo un cielo azul limpio y un sol delicioso. No recuerdo haber visto en mucho tiempo una naturaleza tan sensual y pura. El aire que respiraba era tan limpio que me sentía cabalgar flotando en una nube, repleto

de euforia y agradecimiento. Son estos momentos de la vida en los que uno da las gracias por existir...

Con el trasero dolorido y la piel quemada, llegamos al atardecer a una explanada en la orilla del lago Hovsgol. Cerca de la orilla se levantaban cuatro gers aislados, de tela blanca oscurecida por la suciedad y el moho. Cerca jugaban entre excrementos de yak algunos niños desnudos con enormes mofletes encarnados. Dos mujeres ancianas, sentadas en banquetas de madera, ordeñaban las cabras dentro de un corralito. Algunos jóvenes practicaban la lucha libre mientras una niña vestida con harapos jugaba con una muñeca desnuda y desmembrada. Bajtoir me pidió que esperase fuera del ger mientras gestionaba mi presentación ante el cabecilla del clan familiar. Los más pequeños se acercaban para observarme con una cara mitad de sorpresa y mitad de espanto. Me pellizcaban la piel y se interesaban por el vello de mis brazos y piernas. Un momento más tarde, salió agachado a través de la diminuta puerta de madera del ger (siempre orientada al Sur) un hombre delgado de edad mediana, con la piel surcada por profundas arrugas provocadas por el viento, el frío y el sol. Vestía un jersey raído azul, un viejo pantalón gris y botas de cuero. Llevaba en la boca una extraña pipa.

Se acercó a mí con una sonrisa y me estrechó su mano grande y callosa mientras esbozaba una sonrisa y me daba la bienvenida en algún dialecto mongol. Dio varias ordenes a algunos de los niños que se arremolinaban alrededor y se introdujeron en el ger central. Mientras yo intentaba mantener una conversación por señas -el inglés de mi guía Bajtoir era muy precario- los niños volvieron del ger. Fui invitado a entrar.

Al traspasar la enana portezuela de madera (pisar el marco o mantenerla abierta trae mala suerte) entré en la penumbra de un espacio de tres metros y medio de diámetro y dos metros de alto. El suelo estaba desnudo, las paredes de un metro y medio de altura eran rejillas colapsables de listones de madera, recubiertas de un grueso paño de piel de oveja, cabra y vaca. De la rejilla hacia arriba se levantaba un techo de forma cónica con una apertura en el vértice superior para permitir la entrada del luz, ventilación, y conectar con el exterior la estafalaria estufa del centro. La estufa usa excrementos de yak como combustible y sirve como cocina y calefactor. El mobiliario es muy modesto: un par de banquetas y una mesita de madera, una pequeña cama metálica desvencijada, algunos cacharros de cocina, un baúl, varias estanterías de madera y al fondo, un “mueble-altar”, donde se exhiben una imagen de Buda, varias fotos de la familia y un espejo. La mitad izquierda del ger esta reservada para el cabeza de familia y visitantes ilustres. En la mitad derecha se desarrollan las actividades rutinarias. Al igual que la sociedad en países asiáticos y africanos, los hombres gozan de un estatuto de preeminencia en los clanes familiares. Mientras las mujeres y niñas cargan con la mayor parte del trabajo doméstico, cuidan de los animales y educan a los hijos más pequeños, los hombres pasan la mayor parte de la jornada discutiendo, fumando o durmiendo.

Pasé el resto de la tarde sentado dentro del ger y comunicándome por gestos con los que entraban a saludarme. En mi primera noche, Bachlon, la madre de Bajtoir, preparó una frugal cena a base de panecillos fritos en grasa animal, queso y yogur. Cuando el sol se puso, la temperatura dentro del ger descendió al menos 15 grados. Se hizo rápidamente la oscuridad y era hora de acostarse. Todos los miembros de la familia habían entrado en el ger y me prepare para tirarme a dormir en el suelo. Pero Bachlon me tomó del brazo y me señaló la cama. “aquí debes dormir”. Tras una débil resistencia me acosté en un decrepito catre de un metro y medio de largo con muelles vencidos y chirriantes. Me coloco cariñosamente encima varias pieles para abrigarme. El resto de la familia se tiró a dormir en el frío suelo. Pensaba “¿por qué los que menos tienen son los que mas dan?”. Pasé la noche en vela tiritando de frío.

Cuando entraron los primeros rayos de sol por las rendijas abiertas, toda la familia se puso en pie como un resorte. Solo me espabilé del todo cuando me metí a nadar en el lago Hovsgol. Los pocos segundos que estuve dentro del agua casi congelada hicieron que me doliera hasta el

alma. Comprendí entonces el porqué de los laxos principios higiénicos de los nómadas mongoles.

Era un día espléndido. Después de un desayuno a base de yogur de leche de cabra, Tsa (té) y Shult (fideos con carne) Bajtoir y su tío Batilgir prepararon los caballos. Salimos a galopar. Es difícil expresar con palabras lo que se siente cabalgando en los bosques y estepas de Mongolia, en medio de una naturaleza indómita, acompañado por dos excelentes guías. La fiesta se estropeó cuando, intentando imitar las habilidades de los jinetes mongoles, mi caballo tropezó. Salí disparado hacia delante, y mi caballo pasó rodando muy cerca. Bajtoir y Batilgir reían.

Tras el susto volvimos a casa para almorzar. Iba a ser un almuerzo muy especial. Acomodado en el suelo dentro del ger y rodeado por la familia, apareció Mendoir -hermano de Bajtoir- con una cabra viva pateando entre sus brazos. Ante mis estupefactos ojos, le dio la vuelta a la cabra, le hizo un largo tajo entre estómago y pecho, se remangó e introdujo el brazo hasta el codo. Tras hurgar en las entrañas del animal que gemía y se convulsionaba, Mendoir exclamó “¡aja!” y, con la mano y el antebrazo ensangrentados extrajo un trozo de carne palpitante de color rojo tinto. Era el corazón. La cabra dejó de moverse. No sin alguna repulsión por mi parte nos zampamos la carne del animal después de asarla. Desde entonces como menos carne. Tras el almuerzo y algunas partidas de póquer (les enseñe a jugar y nunca me devolvieron la baraja) fuimos otra vez a pasear a caballo.

Permanecí en la morada familiar de Bajtoir durante varios días más. Entregué algunos regalos y chucherías a todos los miembros de la familia, y tras una triste despedida, cabalgué de vuelta a Hatgal con mi guía y su tío.

Por 15,000 Tugricks regresé de Hatgal a Moron en un Jeep-chatarra de la segunda guerra mundial. El recorrido de 150 km duró más de 7 horas, ya que además de los pinchazos y las averías de rigor, los senderos de tierra teóricamente transitables estaban cortados por la acción de las lluvias. Bajtoir me acompañó hasta el momento de la despedida. Esa noche nos quedamos en un “lujoso” apartamento de sus amigos, sin luz ni agua. Al día siguiente, tras muchas negociaciones y peripecias con los empleados del aeródromo (no tenía billete), me embarqué en un pequeño bimotor de la MIAT, cuyo rumbo era desconocido hasta para la torre de control. El piloto me aseguró que eventualmente llegaríamos Ulan Bataar, destino final. Despegamos y aterrizamos varias veces en diferentes localidades a lo largo y ancho del Norte de Mongolia. Un pasajero me contó que una semana antes un avión de la MIAT se estrelló con todos sus pasajeros porque el piloto decidió que su hijo de 5 años debía aprender a volar. Nuestro piloto aprovechaba cada parada para extender algunas piezas de carne y pescado sobre la pista de aterrizaje y subastarlas entre los funcionarios del aeródromo.

## **DESIERTO DEL GOBI**

En Ulan Bataar compré un billete a Dalan-Dzagad, un poblado en el Sur de Mongolia y en los arrabales del Desierto del Gobi. Nuestro vuelo directo (!!) aterrizó en una pista de arena que bien podría ser un circuito de moto-cross. El Gobi es una gran plataforma llana compartida por China y Mongolia. En contra de la creencia popular, hay pocas dunas y es en su mayoría una enorme y árida estepa, cubierta de pedregales y un fino manto de hierba descolorida y seca. Es un desierto muy frío, con temperaturas en invierno que oscilan entre los -10 y -25 grados centígrados. El Gobi mongol tiene una extensión similar a toda España, y está habitado por sólo 120,000 almas, casi todas nómadas criadores de camellos, cabras y caballos.

Bajé al desierto atraído por las aventuras de Roy Chapman, un científico-explorador en el cual se basa el personaje de Indiana Jones. En 1920, en un capítulo más de su turbulenta vida, Chapman descubrió casi por casualidad el Flaming Valley o Valle de las Llamas. En este valle arcilloso se hallaba uno de los mayores yacimientos de la historia de la paleontología: miles de huesos y fósiles de más de 70 millones de años. Por razones políticas, pocos años después

Mongolia clausuró todas sus fronteras con el exterior, incluyendo las científicas. Hoy este valle es un lugar inhóspito y abandonado donde quedan muchas cosas por desenterrar. Me dijeron que, con suerte, hasta yo podría encontrar algún hueso o fósil.

Con un joven estadounidense que trabaja en un museo de Ciencias Naturales alquilamos un decrepito Jeep ruso, con chófer que hacía las veces de guía y su hijo como mudo acompañante. Partimos en búsqueda del Valle de las Llamas, internándonos en el desierto a casi 400 km de Dalan-Dzagad. No había carreteras definidas, el conductor no estaba seguro de donde iba, y nuestro mapa no era de fiar. Dimos vueltas durante varias horas hasta que nos encontramos con un grupo de nómadas criadores de camellos que nos indicaron la dirección a seguir. Varias horas más tarde, cuando andábamos otra vez perdidos en el centro de un paisaje homogéneo, divisamos un brusco cambio en el horizonte. Algunos kilómetros más adelante las insípidas estepas se convertían en un enorme cañón de escarpadas paredes de arcilla roja. Con jolgorio Marc y yo saltamos del vehículo y corrimos hacia el interior del solitario cañón. Una vez en el fondo aguzamos la vista en busca de huesos, que algunas veces quedan al descubierto por la erosión y el desprendimiento de los blandos muros de arcilla. Tras mucho buscar sin éxito, escuché un eco desde la otra parte del cañón. Era Marc que gritaba. Corrí a buscarlo. Desde lejos lo ví absorto, quieto y mirando fijamente algún objeto en el suelo. Cuando llegué jadeando a su lado, y sin mediar palabra, me señaló algo con el dedo: ví a sus pies un objeto de unos dos metros, blanco, ondulado y alargado que sobresalía levemente de la arcilla. Yo no entendía nada. Muy alterado, Marc gritó que estábamos viendo parte de una costilla y la cadera de un brontosaurio (!!).

Era increíble, yacía ahí delante, con 70 millones de años, intacto. Algo así se suele ver en un museo detrás de un cristal de 5 cm. y varias alarmas. Tuvimos la tentación de llevárnoslo. Pero debía de pesar más de doscientos kilos. Además, la ley de Mongolia penaliza muy duramente el tráfico o exportación de piezas de interés histórico o artístico. Posamos junto al hueso para las fotos de rigor. Marc me dijo que había cumplido el objetivo de su viaje desde EEUU.

Al día siguiente nos adentramos aún más en el desierto en busca de las dunas de Khongorin Els, una enorme lengua de arena en constante movimiento de 140 km de largo, 15 km de ancho y varios cientos de metros de altura. Avanza docenas de metros cada año, devorando lo que encuentra a su paso. Dormimos en un ger abusando de la hospitalidad de pastores de camellos. Varios días después retornamos a Dalag-Dzagad y más tarde a la civilización. En Ulan Bataar perdí la cartera con las tarjetas de crédito en una noche que bebí más de la cuenta. Cuando denuncié la policía me dijo que no me preocupase. En todo Mongolia, sólo está permitido el pago con tarjeta de crédito en el aeropuerto de Ulan Battar y en el hotel de lujo Genghis Khan.

## **SEGUNDA CRÓNICA DESDE MONGOLIA**

Además de aportar en esta segunda crónica elementos históricos, sociales y económicos que ayudarán a comprender la situación actual de este exótico país, voy a resumir algunas peripecias que me han ocurrido en las últimas tres semanas.

Galopando por la estepa de Hatgal, en los alrededores del lago Hovsgol y a 600 km al Norte de Ulan Bataar, mi caballo tropezó y no me partí los cuernos de milagro.

Conviví durante varios días en un Ger con los nómadas del Norte de Mongolia

Durante la estancia con la familia nómada tuve que comer y beber algunas cosas no muy agradables, como la leche fermentada de yegua o airag. He sufrido mi primer desorden gástrico de relevancia.

He hecho picnic con un grupo de 15 mongoles en las montañas del norte del país bajo una lluvia torrencial. Comimos un cordero que mataron delante de mí.

En algún establo de una aldea cerca de la frontera con Rusia he bailado La Macarena junto al campeón local de lucha (parecida a la greco-romana).

Me bañé en el Lago Hovsgol, que había terminado de descongelarse sólo un mes antes

Me uní varios días a la expedición de un grupo de científicos norteamericanos. Sin imaginarlo, dos semanas más tarde me encontré con el mismo grupo en medio del Desierto del Gobi, 1,000 al Sur y a 210 km de la población más cercana. Dentro de varios días veré a uno de ellos en Pekín. El mundo es un pañuelo.

Perseguí a caballo a un grupo de buceadores coreanos

He introducido el póquer en algunos clanes nómadas

Viajé 700 km en jeep a lo largo del Desierto del Gobi junto a un amigo americano y encontramos huesos prehistóricos en el Valle de las Llamas (Flaming Valley)

Hice auto stop y pasé parte de una noche arriba de un camión descubierto bajo una lluvia torrencial. También en autostop me metí en un Jeep de 5 plazas que transportaba a 17 personas

Jugué con un grupo de mongoles un partido de béisbol a las once de la noche, usando troncos como bate y calcetines enrollados como pelota.

Viajé en la cabina de mando de un avión de hélice con tres pilotos borrachos. También subí a otro avión que no llevaba un rumbo definido. En las escalas aprovechaban los pilotos para subastar el pescado y carne que transportaban en la bodega.

Te cuento algo de la GEOGRAFIA E HISTORIA de este alucinante país.

Mongolia tiene tres veces el tamaño de España y alberga sólo 2.300.000 habitantes. 3,5 millones emigraron a Rusia y China. Por lo tanto, tiene la densidad de habitantes más baja del planeta (1,4 habitantes por km<sup>2</sup>). La mayoría de los mongoles son nómadas, es decir, se trasladan con el ger (casa) familia y ganado varias veces al año en busca de las mejores condiciones para mantener a su único medio de sobrevivir: caballos, corderos, cabras, yaks y ovejas. Camellos en el Sur. De sus animales obtiene alimento, ropa y bebida. Los niños aprenden a montar a caballo antes que a caminar. 40% de la población tiene menos de 14 años.

Los mongoles son fieles a su clan familiar antes que al gobierno central. Viven íntimamente conectados a la naturaleza y sus animales. Son tolerantes, pacientes y están acostumbrados a la dureza de las condiciones en las que viven. Los ves desplazarse por las estepas en cualquier estación del año, incluso cuando hace muchos grados bajo cero. La nieve comienza a caer en septiembre y termina en Mayo.

Sin acceso al mar, Mongolia es uno de los países más elevados del mundo. La altura media sobrepasa los 1.600 metros. El aislamiento de esta nación, encerrada entre Rusia y China, y la bajísima afluencia de turistas (17.000 al año, contra 42 millones en España) hace que los espacios naturales (montañas, estepas, desiertos, lagos etc) continúen intactos. No han sufrido el impacto del desarrollo, por lo que es posible disfrutar de uno de los espacios ecológicos más vírgenes del mundo.

La religión mayoritaria es el budismo. En 1921 había 110.000 lamas mongoles. Al igual que hicieron los chinos en Tíbet, los rusos los aniquilaron y hoy solo quedan 1.000. De los 700 monasterios quedan 30. Sin embargo, están entre la gente más hospitalaria que he conocido.

Los orígenes de Mongolia son muy remotos. En el Gobi se han encontrado restos humanos de

500,000 años. La escasa población era enteramente nómada. Pronto destacan en la doma de caballos, yaks y camellos. Las batallas entre mongoles y chinos ya comienzan antes de Cristo. Varios siglos después, las hordas de Atila arrasaron los restos del maltrecho imperio Romano. En 1162 nace Genghis Khan. Ya a los 20 años Genghis consigue unir a los clanes rivales mongoles. Mata a su hermano, se proclama Gran Khan y lanza contra Rusia y China 200,000 rápidos y ágiles arqueros a caballo. Su crueldad con los enemigos es legendaria. Genghis arrasaba con todo lo que le oponía la mas mínima resistencia.

Construyó el imperio mas extenso (geográficamente) de la historia. Murió en 1227 al caer de su caballo. Para mantener secreto el lugar de su entierro, antes de morir ordenó que mataran a todos aquellos que se tropezaran con la caravana funeraria. Hoy aún no se ha encontrado su tumba.

Su hijo Ogodei continuó las conquistas. Llegó hasta Hungría. Estaba dispuesto a conquistar toda Europa. Los europeos se salvaron cuando los capitanes de las Hordas tuvieron que regresar a Mongolia para elegir a sucesor del difunto Ogodei. Kublai Khan, nieto de Genghis, fue el elegido. Con Kublai el imperio alcanza su mayor extensión, desde Hungría hasta Corea, desde Rusia y Bagdad hasta Vietnam. Empieza la decadencia cuando Kublai pierde varias batallas. Primero contra los Mamelucos en Egipto, después es expulsado de Java y por último dos tifones destrozan su enorme flota y hacen fracasar dos intentos consecutivos de invadir Japón. En el año 1400 vuelven a comenzar las batallas entre clanes y tribus mongolas y el imperio se desintegra.

Los chinos construyeron en el siglo XVI la Gran Muralla para impedir nuevas invasiones de los khanes. Cambian los papeles y China es ahora la que invade Mongolia, usando los mismos métodos crueles. No es hasta 1911, cuando la dinastía china Qing se resquebraja y concede una magnífica oportunidad a los mongoles para su independencia.

Sin embargo en 1921, tras la revolución bolchevique de 1917, las tropas zaristas en retirada invaden Mongolia. Los mongoles piden ayuda a los bolcheviques, que tras expulsar a los zaristas, deciden quedarse e imponer a la fuerza el sistema comunista, aniquilando la empresa privada y cualquier vestigio de religión budista. En 1990, tras la Perestroika, los rusos se retiran voluntariamente dejando desnudo a un país acostumbrado a depender de Rusia. Sin combustible, sin piezas de repuesto, sin materias primas, sin universidades, sin científicos, sin subsidios... todavía hoy Mongolia sufre los efectos devastadores de una dependencia absoluta que duró más de medio siglo.

Hoy gobierna un partido llamado "Coalición Democrática de Mongolia". La inflación es del 40% anual. El paro sobrepasa el 50%. Me pregunto como miden el empleo en una economía nómada o de subsistencia. La renta per cápita es de 15,000 pesetas en Ulan Bataar y 10,000 pts en las zonas rurales. Desde 1990 Mongolia vive de las donaciones de países occidentales y de las exportaciones de carbón, cobre, minerales, pieles, cachemira y piel de oveja.

Amanece y pronto vendrán Battsegseg y sus compañeros de trabajo.

En unas semanas enviaré la próxima crónica.